

LIBRO QUINTO.

Estado de los partidos y origen de los independientes.—Disposiciones de la córte de Oxford.—Concluye el rey una tregua con los Irlandeses.—Parlamento de Oxford.—Muerte de Pym.—Campana de 1644.—Batalla de Marston Moor.—Contratiempos de Essex en el condado de Cornouailles.—Estalla la desunion entre los jefes presbiterianos y Cromwell.—Ensayanse negociaciones.—Decreto de abnegacion de si mismo.—Proceso y muerte de Laud.—Negociaciones de Uxbridge.—Reorganizacion del ejercito parlamentario.—Nombramiento de Fairfax para general.—Essex hace dimision.

(1643. -1645.)

Estremada fue la alegría de los presbiterianos : el parlamento debia la salvacion á su jefe ; sus enemigos guardaban silencio ; el ejército escocés, cercano ya , prometia á su causa un infalible apoyo ; era natural, pues, que solo ellos dispusiesen en adelante de las reformas como de la guerra á su placer y albedrío.

En las cámaras y fuera de ellas , en Lóndres y en los condados , no tardó en predominar un arranque de fervor y de tiranía religiosa. La asamblea de teólogos recibió orden de preparar un plan de gobierno eclesiástico (1), y llamó á cuatro teólogos escoceses para trabajar con ellos de mancomun tocante á la uniformidad de culto de ambas naciones. Las juntas encargadas de examinar en cada provincia la conducta y las doctrinas de los eclesiásticos trabajaron con mas actividad y rigor ; cerca de

(1) 12 octubre de 1643.

dos mil (1) ministros fueron espulsados de sus curados; muchos otros perseguidos como anabaptistas, brownistas, independientes, etc., se vieron encarcelados por los mismos hombres que en otro tiempo maldecían con ellos á sus comunes perseguidores. Cuantos rehusaban suscribir al pacto eran declarados incapaces de asistir á la municipalidad, y aun de poder ser electores. Desde el principio de la guerra habia mandado simplemente el parlamento que se cerrasen los teatros, dando solo por razon que en tiempo de públicos quebrantos la oracion debia suceder á los placeres. Esta misma prohibicion se extendió á todas las diversiones y juegos populares de los domingos. Ninguna diversion obtuvo gracia por mas inocente ó antigua que fuese; mandáronse abatir todos los *árboles de mayo* que se plantaban bulliciosamente por la primavera: y cuando los niños contrariaban estas disposiciones, se imponía una multa á sus padres. Por último, el arzobispo Laud, hacia tres años olvidado en la cárcel, tuvo que comparecer de repente en la cámara alta, y se le mandó responder á la acusacion de los diputados del pueblo: el odio y la venganza eran los deberes del fanatismo.

El mismo ardor se desplegó en lo tocante á la guerra: envanecidos los parlamentarios por la parte que les habia cabido en sus últimas victorias, ya no hablaban de paz. Muchos ricos ciudadanos equipaban soldados y se ofrecían ellos mismos á servir; Rolando Wilson, que debia heredar de su padre un comercio inmenso y 2,000 libras esterlinas de renta, pasó al ejército de Essex á la cabeza de un regimiento levantado á sus costas. Aun mas: algunos jefes de la cámara baja que antes estaban por la paz, escitaban ahora á hacer los últimos esfuerzos. Nunca se habia presentado mas arrogante el partido ni mas seguro del poder.

Sin embargo iba ya tocando á su decadencia. Empeñado desde su origen en una doble reforma, la de la iglesia y la del Estado, no las seguía entrambas movido de los mismos principios y designios. En punto á religion era ardiente su fé, y sus principios sencillos, enérgicos y consecuentes; el sistema presbiteriano no era para él una institucion humana y flexible, que pudiese modificarse segun los tiempos, sino un sistema único legitimo, de derecho divino, la ley del mismo Cristo. Queríase que triunfase sin reserva y á toda costa, como revolucion santa. En política por el contrario, á pesar de su lenguaje, eran vagas y moderadas sus miras; no le dominaba un espíritu revolucionario; amaba la monarquía

(1) Algunos hacen subir el número á 8,000, pero otros le reducen á 1,600.

y solo combatía al rey; confiaba solo en la cámara baja, y sin embargo no quería mal á los lores; obedecía á las costumbres arraigadas y á las nuevas exigencias, no meditaba, solo deseaba una reforma legal, y nada mas.

Agitado de este modo por disposiciones contrarias, arrogante é incierto, fanático y moderado á un tiempo, no contaba siquiera el partido presbiteriano con jefes salidos de su seno y que estuviesen conformes con sus principios; antes por el contrario marchaba en pos de los reformadores políticos, primeros intérpretes y verdaderos representantes del partido nacional. Su alianza le era natural y necesaria: natural, porque ambos querían reformar el gobierno y no abolirle; necesaria, porque estaba en posesion del poder, y lo conservaba por la superioridad de su rango, de sus riquezas y de sus luces: ventajas que no negaban los mas ardientes presbiterianos. Pero si buscaban los reformadores políticos y aun compraban el apoyo de los sectarios, no por esto pensaban como ellos en punto á la iglesia; un episcopado moderado les convenia mas, de modo que casi á despecho de su voluntad servían á aquellos. De este modo la union de ambos partidos no era completa ni sincera sino en política, donde ninguno de los dos se mostraba aferrado en principios.

Fuera de esto, en 1643, estaba consumada la reforma política, legal á lo menos; no subsistian ya los abusos; se habian sancionado todas las leyes que se juzgaban necesarias, y modificado, como se supo, las instituciones: nada faltaba á la obra que querían de mancomun elevar aquellos dos partidos. Pero la revolucion religiosa habia apenas principiado, y la política amenazaba correr los riesgos de la exaltacion: era por lo tanto llegada la hora en que se debían patentizar los vicios orgánicos de aquella alianza. Cada dia se veía precisado el partido dominante á contradecirse; lo que solicitaba en la iglesia lo negaba en política; contra los obispos invocaba las pasiones democráticas, y contra los nacientes republicanos las tendencias monárquicas ó aristocráticas. Era un espectáculo singular ver demoler con una mano y sostener con otra, predicar innovaciones y anatematizar innovadores, ser temerario y tímido, rebelde y déspota á la vez, perseguir con la libertad los episcopales, y con el poder á los independientes.

Abandonábanle ó le comprometían tambien muchos de sus jefes. Algunos, como Rudyard, se retiraban de la arena, ó solo se presentaban de tiempo en tiempo, mas para protestar que para obrar. Otros menos honrados, como Saint John, ó mas perseverantes y osados como Pym,

contemporizaban con un nuevo poder naciente. Muchos, desengañados ó corrompidos, pensaban solo en aumentar su patrimonio; y se distribuían mutuamente los empleos, y las confiscaciones. Entre los magnates reformistas muchos se habian escapado á Oxford, y para evitar el pillaje ó el secuestro, negociaban á la vez con la córte y con el parlamento. El 22 de setiembre solo habia seis lores en la cámara alta, y el 5 de octubre solo cinco. Un llamamiento nominal y el consiguiente temor atrajo algunos á Westminster; mas no por esto dejó la alta aristocracia, cada día mas sospechosa al pueblo de ser un estorbo mas bien que un apoyo para los presbiterianos; de modo que su fanatismo religioso los alejaba de los mas hábiles defensores de la libertad, y su moderacion política impedia que nadie se hermanase con hombres de principios vacilantes.

Hubiese ó no satisfecho las esperanzas relativas á los asuntos de la iglesia ó del Estado, hacia no obstante tres años que este partido dominaba, y esta misma duracion empezaba á cansar á muchos. Quejábanse de él por los males sufridos, y por las esperanzas burladas; acusábanle de ser tan tirano como los obispos, y tan arbitrario como el rey; reprochábanle sus contradicciones y su debilidad: y finalmente solo en vista de los acontecimientos progresivos se presentia una secreta necesidad de principios y poderes nuevos.

Unos y otros estaban á la mira, aguardando solo coyuntura. Largo tiempo antes de las turbulencias, cuando los presbiterianos empezaban solo á manifestar su intencion de dar á la iglesia nacional una constitucion republicana, sosteniendo á la vez la unidad de la fé como la del poder, y disputando el papismo al episcopado, y á los independientes, los brownistas y los anabaptistas preguntaban públicamente si debia subsistir una iglesia nacional, y con qué derecho el papismo, el episcopado, ó los presbiterianos, querian someter las conciencias cristianas al yugo de una mentida unidad. Toda congregacion de fieles, decian, habitantes ó vecinos de un mismo lugar, que se reúnen libremente para adorar juntos al Señor, es una iglesia verdadera que ninguna otra puede avasallar, que tiene derecho de escoger sus ministros, arreglar su culto, y regirse por sus propias leyes.

El principio de libertad de conciencia, proclamado de este modo por sectarios oscuros en medio de los estravios de un ciego entusiasmo, fue en su aparicion considerado como criminal é insensato. Parecia que sus mismos partidarios lo defendian sin comprenderlo, inducidos menos por la razon que por la necesidad. Proscribiéronlo igualmente los episcopales

y los presbiterianos; continuó debatiéndose la cuestion sobre quien debia regir la iglesia de Cristo, creyendo que era forzoso elegir entre el poder absoluto del papa y la aristocracia del clero presbiteriano, y no se cuidaron de indagar si todos eran legitimos por su origen, cualquiera que fuese su forma ó su nombre.

Entre tanto un extraordinario movimiento lo agitaba todo, suscitando cada dia pruebas á las que ningun sistema podia sustraerse, por mas que el partido dominante probaba en vano sofocar algunos debates. Llamado el espíritu humano á discutir nuevos negocios y opiniones, y á desechar pretensiones hasta entonces desconocidas, se iba emancipando, unas veces para elevarse libremente á ideas mas altas acerca de los destinos de la sociedad, y otras para descartarse osadamente de toda preocupacion y de todo freno. Al propio tiempo era casi absoluta la libertad práctica en materia de fé y de culto; ninguna jurisdiccion, ninguna autoridad represiva habia reemplazado la del episcopado; y el parlamento, ocupado con sus enemigos se cuidaba poco de las prácticas religiosas. Alguna vez el celo presbiteriano obtenía de las cámaras algunas terribles declamaciones contra los nuevos sectarios: otras, los temores y odios de los reformadores políticos coincidían con los de sus devotos aliados, y entonces se tomaban rigorosas medidas contra aquellos. Un decreto destinado (dice el preámbulo) « á reprimir las calumnias y el desenfreno de que la religion y el gobierno son hace algun tiempo blanco » abolió la libertad de imprenta hasta entonces tolerada, y sometió á la prévia censura todas las publicaciones. Pero al poder no le es dado contener á los que le adelantan en el movimiento de que él mismo es arrebatado: al cabo de algunas semanas los realistas y los episcopales eran los únicos sobre quienes pesaban tales restricciones; las nuevas sectas salían con bien de todo, retoñaban en todas partes, y ya no se hablaba mas que de independientes, brownistas, anabaptistas, cuáqueros, antimonianos, y hombres de la quinta monarquía. A la sombra misma de los presbiterianos les suscitaba el espíritu de reforma enemigos entusiastas, filósofos y libertinos.

Todas las cuestiones tomaron desde entonces un nuevo aspecto, y la fermentacion social mudó de carácter. Hechos poderosos y respetados habian hasta entonces contenido y dirigido la mente de los reformistas políticos y hasta de los religiosos: para unos, el estado legal de la antigua Inglaterra cuál le concebían, y para otros la constitucion de la iglesia de Escocia, Holanda y Ginebra, eran cosas que les servían á un tiempo de modelo y freno; cualquiera que fuese la audacia de sus empresas,

ni unos ni otros se dejaban llevar de vanos deseos ó ilimitadas pretensiones; no todo era innovacion en sus deseos ó conjetura en sus esperanzas: comprendian bien su objeto, aunque no llegaban á columbrar los resultados. Sus rivales no tenian marcha fija, ni se habian propuesto por norma ningun hecho histórico ó legal; confiando en su fuerza y envanecidos con el poder, con su reputacion de santidad, ó con su audacia, á esta sola tomaban por guia, y dándole el derecho de juzgarlo y dominarlo todo, buscaban á toda costa, los filósofos la verdad, los religiosos al Señor, y los libertinos el resultado material. Instituciones, leyes, costumbres, acontecimientos, todo en su concepto debia recibir impulso del raciocinio ó del capricho del hombre, todo debia ser objeto de nuevas combinaciones y sabias creaciones, para el logro de este plan todo parecia legítimo con tal que fuese inspirado por la fé de un principio, por un éstasis de devocion, ó en nombre de la necesidad. Los presbiterianos no toleraban en la iglesia ni la monarquía ni la aristocracia: ¿por qué habian de conservarse estas gerarquías en el estado religioso?

Los reformadores políticos habian dejado entrever que si el rey ó los lores les negaban su adhesion, debia dominar la voluntad de la cámara baja: ¿por qué no se proclamaba esto altamente? ¿por qué solo se invocaba la soberanía del pueblo en caso desesperado y para legitimar la resistencia, siendo asi que debe servir de base al gobierno mismo y legitimar el poder? Despues de haber sacudido el yugo del clero romano y del episcopado, se iban á imponer el del presbiterianismo: ¿con qué motivo? ¿con qué derecho formaban los sacerdotes un cuerpo independiente? Quíteseles, decian, toda jurisdiccion, todo medio temporal, y cesará todo abuso espiritual: en los fieles, no en los ministros, reside el poder legítimo en materia de creencias; todos ellos son sacerdotes. Los libertinos aplaudian este lenguaje: como progresase la revolucion, poco les importaban los medios y los motivos que se alegasen.

Asi se iba formando el partido de los independientes, menos numeroso y arraigado que el de los presbiterianos, pero ya en posesion de aquel ascendiente que dan las ciencias que no niegan la razon de sus principios y aceptan todas sus consecuencias. Encontrábase entonces la Inglaterra en una de esas crisis gloriosas y temibles en que el hombre olvida su debilidad para no acordarse mas que de su dignidad, y sintiendo la sublime ambicion de no obedecer mas que á la verdad pura se abandona á la sublime locura de atribuir á su opinion todos los derechos de la verdad. Políticos y sectarios, presbiterianos é independientes, nadie se creia dispen-

sado de tener razon y de demostrarlo. Pero en esto se confundian los presbiterianos, porque su sabiduría se fundaba en la autoridad de hechos y de leyes, no en principios, y no sabian como desvanecer con solo la razon los argumentos de sus contrarios. Solo los independientes profesaban una doctrina sencilla y rígida en apariencia, que sancionaba todos sus actos, bastaba á todas las necesidades de su situacion, y ponía á cubierto de su inconsecuencia á las almas enérgicas, y de hipocresía á las sinceras. Solo ellos asimismo empezaban á pronunciar algunas de esas palabras mágicas que elevan el alma en nombre de las mas nobles esperanzas y vehementes pasiones de la humanidad: la igualdad de derechos, la justa reparticion de bienes sociales, y la destruccion de todos los abusos. Ninguna contradiccion se notaba entre sus sistemas políticos y religiosos, ninguna lucha interior entre jefes y soldados, ningun símbolo que arrojase á lo exterior: su máxima fundamental era la libertad de conciencia, y como sus designios lo abarcaban todo á la vez, tambien por esto se adquirian mas partidarios: afiliábanse en este partido los jurisconsultos para quitar toda jurisdiccion á los eclesiásticos sus rivales, y los publicistas para procurarse una legislacion mas sencilla que hiciese perder á los letrados su influencia y sus riquezas; Harrington veía en ellos una sociedad de sabios, Sidney la libertad de Esparta ó de Roma, Lilburne la vuelta del derecho sajón, y Harrison la venida de Cristo; republicanos ó niveladores, visionarios, fanáticos y ambiciosos, todos eran admitidos con sus enconos, sus teorías, sus éstasis y sus intrigas: bastaba que todos estuviesen animados de un odio igual contra los caballeros y los presbiterianos, y que marchasen hácia ese porvenir desconocido que debia satisfacer tantos anhelos.

Ninguna victoria de Essex y de sus amigos, en el campo de batalla ó en Westminster, podia sofocar ni contener ya por mas tiempo tales discordias, tan públicas ya en Oxford como en Lóndres. Parlamentarios y realistas, todos los hombres sensatos las tomaban por base de sus combinaciones. Participábase al rey, y le instaban á que aprovechase la coyuntura; cortesanos y adictos sinceros, todos tenian sus miras, todos hacian sus proposiciones; unos querian continuar vivamente la guerra, creyendo que las facciones rivales se destruirian; otros deseaban que por medio de los lores refugiados á Oxford, particularmente los condes de Holland y de Bedford, se relacionasen con los parlamentarios amigos de la paz; algunos aconsejaban que dichas relaciones se dirigiesen al jefe ya conocido de los independientes. Entre tanto lord Lovelace, previo consen-

timiento del rey, seguía con sir Enrique Vane una correspondencia continua, bien distante de prever que Vane la seguía asimismo con aprobación de su partido para instruirse del estado de la corte. Pero ninguno de estos consejos era recibido ó eficaz.

A duras penas habían obtenido los lores fugitivos que les abriesen las puertas de Oxford; el consejo privado, solemnemente reunido, había deliberado sobre la acogida que se les debía dar, y á pesar de las sabias representaciones de Hyde, recientemente nombrado canciller de Hacienda, Carlos no consintió sino en que se les recibiese, pero con frialdad. En vano lord Holland, elegante y hábil cortesano, había logrado hacerse bien quisto de la reina; en vano procuraba volver á su antigua familiaridad con el rey, ya afectando hablarle al oído, ó ya desarrollando todo su prestigio; en vano aun en la batalla de Newbury peleó bizarramente como voluntario ofreciendo su sangre como prenda de su nueva fidelidad, nada había podido vencer el orgullo del rey, ni imponer silencio á los rumores de la corte; lejos de ver aceptados sus servicios, ya no pensaban los lores mas que en sustraerse á tantos sinsabores. Los partidarios de la guerra á muerte eran mas escuchados pero con el mismo efecto; la mala tentativa contra Gloucester había motivado que todos en Oxford se la imputasen mutuamente.

El consejo se quejaba de los desórdenes del ejército, y este se indignaba por ello altamente; el príncipe Roberto á pesar que ni aun en el campo de batalla recibía órdenes sino del rey envidiaba al general en jefe, y este á su vez murmuraba con los magnates de la independencia y torpeza del príncipe. El rey que respetaba en sus sobrinos la dignidad de su sangre, no se determinaba á dar la razón á los súbditos, y sacrificaba á tan ridículo orgullo los derechos y los servicios de sus mas útiles amigos. Solo Hyde se oponía francamente á tales faltas, y lograba alguna vez apartarle de ellas; pero este consejero necesitaba también que la voluntad del rey lo protegiese, ya contra los caprichos de la reina, ya contra las intrigas de celosos cortesanos: conservaba, es cierto, su reputación de consejero influyente y hombre sabio, pero no ejercía un verdadero ascendiente, ni obtenía ningun importante resultado. La discordia en una palabra dominaba lo mismo en Londres que en Oxford; pero aquí era mas fatal, por cuanto en aquella capital precipitaba el movimiento, y aquí lo paralizaba.

Por este tiempo y en medio de situación tan embarazosa supo Carlos la nueva alianza de la Escocia con el parlamento. Al momento mandó al

duque de Hamilton, ya restituido á su confianza, y á su comisario de Edimburgo, que impidiesen tal union á toda costa. Dicese haberse ofrecido á los escoceses asegurarles para el porvenir la tercera parte de los empleos de la casa real, reunir de nuevo á la Escocia los condados de



CARLOS I.

Northumberland, Westmoreland y Cumberland; fijar en Newcastle la residencia del rey, y establecer en medio de ellos al príncipe de Galles y su corte. Si existieron tales promesas no podían ser sinceras ni llegar á realizarse, y aunque las hubiese querido aceptar el parlamento se lo hu-